

VIII

HISTORIA EXTERNA DE LA IGLESIA EN LOS SIGLOS XII Y XIII

LAS CRUZADAS

Si algo nos permite medir la distancia que nos separa espiritualmente de la Edad Media, son las Cruzadas. Nos resulta casi más fácil penetrar en la psicología del tiempo de las persecuciones que en la de las expediciones militares a Tierra Santa, a pesar de estar éstas casi mil años más cerca de nosotros. Nos conviene, pues, por razón precisamente de esta dificultad, aplicar una gran reserva a nuestro juicio, tanto en el elogio como en la censura.

El impulso externo para las cruzadas lo procuró la conquista de Jerusalén por los seljúcidas en el año 1070. Las peregrinaciones a los santos lugares de Palestina, que habían florecido especialmente en los siglos IV y V, no habían sido interrumpidas por la conquista árabe de aquel país en 637. Los turcos seljúcidas, que en el siglo XI acabaron con el imperio de los califas, en comparación con los antiguos árabes eran unos bárbaros y desde un principio mostraron ser mucho más hostiles a los cristianos que aquéllos. Conquistaron Bagdad y Mosul en 1055, extendieron luego sus dominios hacia Siria por un lado y hacia Armenia por el otro, en 1076 tomaron Damasco y desde 1080 tuvieron en sus manos casi toda el Asia Menor, constituyendo, una amenaza directa contra lo que restaba del Imperio romano y contra la propia ciudad de Constantinopla.

Ya Gregorio VII en 1074 había concebido el plan de convocar a toda la cristiandad, con inclusión de los bizantinos, para hacer la guerra a este peligroso enemigo. La lucha de las investiduras impidió entonces la realización de este plan. Urbano II, a instancias del emperador Alejo Comneno (1081-1118), volvió a tomar el proyecto en sus manos y en los sínodos de Plasencia y Clermont en 1095 consiguió despertar un encendido entusiasmo por la empresa, de cuyas dificultades seguramente nadie se daba cuenta. Todos los que prometieron su concurso adoptaron como

distintivo una cruz, que generalmente llevaban cosida sobre el hombro derecho, lo que les valió el nombre de *cruciati*, cruzados.

A los caballeros de los distintos países se les señaló, como punto de concentración, Constantinopla. Pero antes de que se congregaran apareció una figura no muy clara, Pedro de Amiens, que haciéndose pasar por un peregrino de Jerusalén sin jamás haber estado allí, reunió un ejército de campesinos franceses. La tropa pasó a Renania, donde recibió refuerzos, y por el momento ocuparon su celo de cruzados en perseguir a los judíos, lo que aportó un gran descrédito a la empresa. Una parte de estas indisciplinadas bandas llegó a Constantinopla, pero fue deshecha en cuanto tocó el suelo del Asia Menor.

La conquista de Jerusalén.

Cuando los caballeros estuvieron reunidos en Constantinopla, con gran sorpresa de todos el emperador les exigió que le prestaran juramento de fidelidad. Los cruzados lograron cruzar toda el Asia Menor, siguiendo de victoria en victoria aproximadamente el camino marcado hoy por el ferrocarril de Anatolia. En 1098, estando ellos detenidos en Antioquía, la ciudad de Jerusalén, que antes de la conquista seljúcida había pertenecido al califato de El Cairo, fue reconquistada por los egipcios. No por ello alteraron los cruzados sus planes. Bajo la dirección del caballero valón Godofredo de Bouillon, en 15 de julio de 1099 tomaron al asalto Jerusalén. El primer objetivo de la cruzada estaba, pues, cubierto.

Los caballeros procedieron entonces a organizar, en las regiones conquistadas, estados feudales a la manera medieval. Se creó un principado de Antioquía regido por el normando Bohemundo, hijo de Roberto Guiscardo, y un principado de Edesa para Balduino de Bouillon, hermano de Godofredo. Del reino de Jerusalén debía hacerse cargo el propio Godofredo. Pero éste abdicó pronto, de su título real, y además falleció unos meses después de la conquista. Así, el primer rey de Jerusalén fue su hermano Balduino. También se instituyó una jerarquía latina, con patriarcas en Jerusalén y Antioquía, y diversos obispados sufragáneos. Los restos de la antigua población cristiana en Siria y Palestina eran aún más numerosos que hoy.

Los historiadores islámicos han considerado siempre las cruzadas como unas injustificadas guerras agresivas y de conquista. No deja de sorprender este juicio en boca de los musulmanes, habida cuenta de que ni los árabes, ni los egipcios ni los seljúcidas podían presentar otros títulos a la posesión de aquellas tierras que los derivados de su ocupación armada. Pero dejando de lado esta cuestión, la verdad es que ni el papa, ni los príncipes y caballeros cristianos abrigaban la menor duda sobre la justicia de su causa. No sólo les parecía evidente su derecho a dominar los Santos

Lugares, sino que toda lucha contra los infieles les parecía justificada de suyo, cosa que, por lo demás, creían también por su parte los musulmanes.

En los años siguientes se sucedieron sin interrupción las oleadas de refuerzos procedentes de Occidente. En 1101 se creó un cuarto principado, el de Trípoli en Siria. Los cruzados establecidos en el país edificaron castillos e iglesias, de las que quedan aún hoy restos grandiosos. El primer revés ocurrió cuando en 1144 el emir turco de Mosul conquistó Edesa.

El hecho causó una gran impresión en Occidente, y san Bernardo, que estaba entonces en la cúspide de su prestigio, consiguió reunir una nueva cruzada, en la que participaron el emperador alemán Conrado III y el rey de Francia Luis VII. Los cruzados que viajaban por mar desde el norte de Europa, ayudaron, de paso, al rey de Portugal Alfonso I a arrebatar Lisboa a los moros (1147). Pero éste fue el único éxito de la empresa. Los alemanes sufrieron en Dorilea, en el Asia Menor, una severa derrota. Fracasó una expedición dirigida contra Damasco. San Bernardo tuvo que oír amargos reproches.

Saladino.

Si los estados cristianos se mantuvieron todavía en pie durante algún tiempo, fue sólo porque no les atacó ningún adversario poderoso. Pero no tardaron en hallarlo en la persona del gran Saladino, sultán de Egipto desde 1171, que en 1174 extendió su dominio sobre Damasco y en 1183 sobre Mesopotamia. Saladino no era sólo un poderoso guerrero, sino también un hombre de carácter noble y elevado, uno de los mejores que ha producido el Islam. ¡Qué pobre impresión hacen, frente a él, los cruzados cristianos, cuyas interminables rencillas interiores les habían hecho perder totalmente de vista su objetivo primitivo! Saladino infligió a los cristianos una aniquiladora derrota en la batalla de Hattin, cerca del lago de Genesaret. El rey de Jerusalén, Guido de Lusignan, cayó prisionero. Todo el país, Jerusalén inclusive, se entregó al vencedor. Los cristianos quedaron reducidos a las plazas fuertes de Tiro, Trípoli, Antioquía.

Una vez más se aprestó la cristiandad a una tercera cruzada, convocada por Gregorio VIII (1187) y su sucesor Clemente III (1187-1191). Los alemanes acudieron por tierra, capitaneados por el anciano emperador Federico Barbarroja. Obtuvieron una victoria en Konia, y estaban ya cerca de Antioquía, cuando el emperador se ahogó al pasar un río. La mayor parte de los alemanes emprendieron el regreso. Por mar acudieron Felipe II de Francia y Ricardo Corazón de León, de Inglaterra, el cual de camino conquistó Chipre. Guido de Lusignan, que había sido puesto en libertad por Saladino, puso sitio al puerto de Acre, que como el resto de Palestina se había perdido después de la batalla de Hattin. Acre fue reconquistada con ayuda de los cruzados nuevamente llegados. Ricardo

Corazón de León concertó un armisticio con Saladino: los cristianos quedaban en posesión de la franja costera, de Jaffa hasta Tiro, con Acre como puerto principal. Las peregrinaciones a Jerusalén debían hacerlas desarmados.

Así, el resultado obtenido por esta cruzada, la mayor de las emprendidas, fue también muy mísero. Todo lo estropeaban las eternas disensiones entre los príncipes y los caballeros, en las que se distinguía Ricardo Corazón de León, tan bravo como quisquilloso. El duque de Austria, Leopoldo V, gravemente ofendido por Ricardo, se vengó de él tendiéndole una celada en el viaje de vuelta; habiéndole hecho prisionero, le entregó al emperador de Alemania, Enrique VI, el cual lo retuvo hasta que los ingleses pagaron un rescate. Este sacrílego atentado contra la persona inviolable de un rey cruzado constituyó un escándalo para toda Europa y contribuyó a apagar los entusiasmos, ya de suyo decaídos.

Fue un éxito, en cambio, la expedición que Enrique VI en 1197 envió a Oriente desde Apulia; la conquista de Beirut significó restablecer las comunicaciones entre la franja costera de Palestina y Antioquía.

La cruzada contra Constantinopla.

El gran papa Inocencio III puso en pie una nueva cruzada. La república de Venecia estaba dispuesta a suministrar la flota. Mientras los caballeros, que esta vez procedían casi todos de Francia, se congregaban en Venecia, apareció en la ciudad el joven emperador Alejo, huido de Constantinopla en 1201, y solicitó el auxilio de los cruzados. Con esto se dio un nuevo giro, no sólo a la cruzada sino a toda la política oriental de Europa.

Desde el siglo XI Venecia, Bizancio y los normandos rivalizaban por la hegemonía del Adriático. A los venecianos les interesaba, antes que nada, que no se les cerrara la salida del mar. Mientras Roberto Guiscardo y su hijo Bohemundo estuvieron intentando sentar firmemente el pie en el Epiro y Albania, Venecia fue aliada de Bizancio contra los normandos. Pero cuando en 1149 los bizantinos ocuparon Corfú e incluso Ancona en 1151, la república se alió con los normandos contra el Imperio de Oriente. Desde entonces los griegos profesaron a los venecianos un creciente aborrecimiento. El emperador Manuel I, de la dinastía de los Comnenos, en 1171 hizo encarcelar a todos los venecianos que se encontraban en Constantinopla. Después de su muerte, ocurrida en 1180, su viuda María de Antioquía, oriunda de Occidente, que desempeñaba la regencia durante la minoridad de su hijo Alejo II, inició una política filoveneciana, y esto dio pie a que estallara una revolución, instigada por otro príncipe de los Comnenos, Andrónico. Se dio muerte al joven emperador Alejo y a todos los venecianos, y Andrónico subió al trono en 1183. Sin embargo, en 1185

fue asesinado por su yerno Isaac Angelos. Isaac gobernó hasta el año 1195, en que, derribado por su hermano Alejo III, fue cegado y encarcelado. Su hijo Alejo IV consiguió en 1201 evadirse de la prisión en que le tenía su tío, y así fue como llegó a Venecia en el momento en que se estaban congregando allí los cruzados.

El dux Enrique Dandolo no dejó que se le escapara esta oportunidad única. Tenía en sus manos a los cruzados, y dirigió la flota contra Constantinopla. Por el camino tuvieron los cruzados que conquistar Zara para los venecianos. Constantinopla fue tomada en 1203, y Alejo IV fue instalado en el trono. Los griegos se rebelaron en seguida y le asesinaron; los cruzados volvieron a tomar Constantinopla y procedieron ya sin contemplaciones de ninguna clase. El Imperio bizantino fue convertido en un estado feudal a la manera de los occidentales y se proclamó emperador a Balduino, conde de Flandes, aunque su territorio se reducía a Constantinopla y algunas islas. Se estableció además un reino en Salónica, ducados en Filipópolis y Atenas y un principado en Morea. Los venecianos se quedaron también con muchas posesiones. Fue creada una nueva jerarquía encabezada por un patriarca latino en Constantinopla, del que dependían veintidós arzobispados y cincuenta y ocho obispados. Inocencio III no estaba en absoluto de acuerdo con el giro que los venecianos habían dado a su cruzada, pero ante el hecho consumado aprobó la nueva ordenación eclesiástica.

Desde el punto de vista político, los resultados no eran tan despreciables como pudiera parecer. Era inútil entretenerse en plantear cuestiones de derecho, dada la irremediable situación del Imperio bizantino y la atroz conducta de los Comnenos. Una de las principales causas de que los cruzados no hubieran podido conservar Palestina, había sido la falta de una base. Esta base es la que hubiera podido suministrar el Imperio latino establecido en la península balcánica, de haber sido viable. Pero no le resultó, entre otras cosas porque la conquista no había sido completa. Los Comnenos resistían en Epiro y en Trebisonda, donde continuaron ostentando el título imperial, y frente a Constantinopla surgió otro estado griego, Nicea, gobernado por Teodoro Láscaris, que también tomó el título de emperador. No había, pues, que hablar de establecer una línea de comunicaciones con Palestina; a mayor abundamiento, el Imperio franco languidecía por efecto de su economía feudal y de la incapacidad o minoridad de sus soberanos.

Inocencio III intentó aún poner en marcha una cruzada auténtica, pero murió antes de que en 1217 el rey de Hungría Andrés II y el duque de Austria, Leopoldo VI, llegaran a Acre. Éstos no hicieron nada de provecho. Al año siguiente el rey titular de Jerusalén, Juan de Brienne, con el legado pontificio atacó a Egipto y conquistó el puerto, entonces muy importante, de Damietta. También ésta era una idea acertada, pues la historia enseña que

a la larga el dominio de Palestina no puede mantenerse sin el de Egipto. No olvidemos que de Egipto había salido también Saladino. Sin embargo, la expedición acabó mal, cuando los egipcios perforaron los diques del Nilo e inundaron todas las tierras en torno a Damietta.

Las últimas cruzadas.

El emperador Federico II, nieto de Barbarroja, había prometido varias veces salir en cruzada. Acosado por el papa Gregorio IX, en 1227 reunió por fin un ejército en Brindis; pero se presentó la peste en el campamento, y murió un gran número de caballeros, entre ellos el landgrave Luis de Turingia, marido de santa Isabel. Finalmente Federico II se hizo a la mar, pero entonces cayó él mismo enfermo y se volvió atrás. Gregorio IX, ya de antes gravemente irritado por la conducta del emperador, lo excomulgó. Entonces, con poca gente, Federico se dirigió realmente a Palestina y obtuvo del sultán un tratado que no era del todo desfavorable: los cristianos renunciaban al resto de Siria, pero obtenían Jerusalén, Belén, Nazaret y una faja de tierra que unía los Santos Lugares con el puerto de Acre. El excomulgado emperador se coronó rey de Jerusalén en la basílica del Santo Sepulcro, mientras el patriarca fulminaba el entredicho. Seguidamente Federico regresó a Apulia. El estado de cosas creado por él no duró mucho tiempo; en 1244 Jerusalén fue definitivamente arrebatado a los cristianos, y a éstos no les quedó más que Jaffa, Acre y, en el Norte, Antioquía.

En 1245 el concilio de Lyon decidió promover una nueva cruzada, pero como continuaba la disputa entre el emperador Federico II y el papa, y por lo demás el entusiasmo estaba ya muy decaído, sólo el rey de Francia Luis IX el Santo (1226-1270) se puso en camino hacia Tierra Santa. Conquistó Damietta en 1249, pero cayó prisionero y tuvo que pagar un rescate. Hasta 1254 se quedó en Palestina, como un particular, rescatando a muchos esclavos cristianos; luego volvió a su tierra.

El año 1261 trajo el fin del imperio latino. Apoyado por los genoveses, rivales de los venecianos, el emperador de Nicea, Miguel Paleólogo conquistó Constantinopla. El emperador Balduino II, el patriarca latino y los venecianos se dieron a la fuga. De todos modos, los venecianos conservaron en su poder numerosas islas. En el Peloponeso el principado de Morea, bajo la capaz dinastía de los Villehardouin, subsistió hasta 1446, y hasta 1456 el ducado de Atenas, donde desde 1333 dominaba la familia de mercaderes florentinos de los Acciajuoli. En el año 1268 los cristianos perdieron Jaffa y Antioquía. No les quedaba más que Acre. Luis IX se puso de nuevo en camino, pero sólo pudo llegar hasta Cartago, donde murió de la peste. En 1291 cayó también Acre.

Causas del fracaso de las cruzadas.

Los grandes esfuerzos de dos siglos, habían sido, pues, en vano. A veces se censura a los papas por haber lanzado la cristiandad a esta desdichada política de guerra, con olvido de su ministerio específico. No puede negarse que, de no haber sido por los papas, las cruzadas ni se hubieran emprendido ni se hubiesen continuado durante tan largo tiempo. Lo que con razón puede reprocharse a Urbano II ya sus sucesores es haber infraestimado con mucho las dificultades de la empresa; pero lo mismo hicieron, todos los demás príncipes cristianos. Los papas atribuían a la gente una capacidad de idealismo que sólo poseen algunos individuos, pero nunca la masa. Si todos los cruzados hubieran sido como el primero y el último, Godofredo de Bouillon y san Luis, el resultado hubiera podido ser muy distinto. En la historia los fracasos hacen siempre muy mala impresión; pero ello no justifica que se dirijan a los papas reproches morales y se ponga en tela de juicio la limpieza de sus intenciones.

Es pertinente, de todos modos, preguntar por las causas de este fracaso. La razón principal estriba, sin duda, en las deficiencias del arte militar en la Edad Media. Lo que faltaba a los cruzados no era bravura, sino planeamiento estratégico y, sobre todo, acoplamiento. Compárense solamente las campañas llevadas a cabo por los antiguos romanos en las mismas regiones, las de Lúculo, Sila, Pompeyo, Vespasiano; allí había una auténtica estrategia. Los cruzados desconocían totalmente a su enemigo. Además, su número era insuficiente, y no hay que hacer caso de los cronistas, que abultan desatentadamente las cifras de combatientes y, por consiguiente, también las pérdidas totales. No puede negarse que, con el tiempo, los jefes aprendieron sus lecciones; los ataques a Constantinopla y a Egipto fueron acertados, desde el punto de vista político. Mas, por otra parte, a medida que los fines perseguidos se desplazaban del campo religioso al político, se iba desvaneciendo el interés y la comprensión de las masas.

A despecho de su fracaso final, las cruzadas ejercieron un enorme influjo sobre la historia de Europa y la de la Iglesia. En el aspecto cultural, este influjo fue acaso menor de lo que suelen creer los historiadores profanos. Pues en Asia Menor, Siria septentrional y Palestina no puede decirse propiamente que los cruzados llegaron a ponerse en contacto con la auténtica cultura islámica. El innegable intercambio cultural que se produjo en el siglo XIII, pasó más bien a través de España. Pero las cruzadas crearon la idea de que existe una familia de pueblos occidentales, idea que acabó substituyendo la antigua concepción del Imperio. El emperador había sido el protector de la Iglesia; en el nuevo concepto de la cristiandad se contenía también un pensamiento expansionista. El movimiento misional surgió de las cruzadas. La Orden teutónica, fundada durante el asedio de

Acre, trasladó su actividad del modo más natural y consecuente desde Tierra Santa a la cristianización de las tierras aún paganas del nordeste de Europa. España, que tenía en su casa sus propias cruzadas y sus órdenes militares, pasó con la misma naturalidad de la Reconquista a la Conquista. Otra lección que en aquel tiempo se aprendió, es que la conquista de tierras para el reino de Cristo no puede efectuarse sólo con la espada. San Francisco ya en 1219 envió sus primeros misioneros a Marruecos. El español santo Domingo fundó su orden de maestros y predicadores en la atmósfera de la cruzada contra los albigenses. A otro gran español, san Ignacio de Loyola, que hizo de la idea misional un movimiento que arrastró a la Iglesia entera, sólo se le puede entender sabiendo hasta qué punto estaba vivo en él el viejo ideal de los cruzados.

LOS PAPAS DEL SIGLO XII

Los siglos XII y XIII, el tiempo que va de Gregorio VII y Urbano II a Bonifacio VIII, la época de las cruzadas, de los cistercienses, de las órdenes mendicantes y de la escolástica, fue en muchos aspectos para la Iglesia un período de florecimiento. No es, en cambio, exacto lo que muchas veces se dice: que éste fue el tiempo de mayor poderío de los papas. Es verdad que estos siglos conocieron papas dignísimos e incluso algunos muy capaces, pero estaban tan lejos de ser «poderosos» que, con frecuencia, pudieron a duras penas escapar de las manos de sus adversarios políticos.

El cisma de 1130.

Tras la muerte de Calixto II, que con el concordato de Worms había puesto fin a la guerra de las investiduras, el papado estuvo en un tris de recaer en los tenebrosos días del siglo X. De nuevo se enfrentaban en Roma dos facciones familiares, la de los Frangipani y la de los Pierleoni. Los Pierleoni eran de origen judío, pero bautizados tres generaciones atrás. Ya en 1124 se produjo un cisma, mas los Frangipani lograron imponer a su papa, Honorio II. Muerto éste, los cardenales adictos a los Frangipani eligieron a toda prisa a Inocencio II, con sólo dieciséis votos, y unas horas más tarde los demás nombraron al cardenal Pierleoni, que tomó el nombre de Anacleto II, con veinticuatro votos. Los romanos se declararon por el popular Pierleoni. Inocencio II huyó a Francia. Allí san Bernardo se declaró por él, alegando que aunque había sido elegido por la parte menor, ésta era en cambio la «más sana». Este principio de la *sanior pars* no dejaba de ofrecer sus reparos, pero era tan grande entonces el prestigio de san Bernardo, que Francia, Alemania e Inglaterra se declararon en favor de Inocencio II. El principal fautor de Anacleto II era el duque normando

Rogelio II, marido de su hermana Alberia. Anacleto confirió a este distinguido príncipe el título de rey de Sicilia.

Anacleto II murió en 1138, e Inocencio II, sobre cuya legitimidad no cabía ya duda, se puso en campaña contra Rogelio de Sicilia, pero cayó prisionero de éste, como antes le había ocurrido a León IX, y obtuvo la paz a cambio de reconocer el reino de Rogelio. En el último año de su pontificado los romanos se sublevaron contra él y proclamaron la república bajo el mando de Jordán Pierleoni, hermano de Anacleto II, en calidad de patricio. Los dos papas siguientes, Celestino II y Lucio II, reinaron muy poco tiempo y se esforzaron en vano en imponer su autoridad a la república romana. Dícese que Lucio II murió en el Capitolio de una pedrada.

Entonces los cardenales eligieron al santo cisterciense Bernardo Pignatelli de Pisa, abad de san Anastasio en Roma (Tre Fontane), que adoptó el nombre de Eugenio III. Había sido discípulo de san Bernardo, y éste escribió para él su famosa obra *De consideratione sui*, una especie de «espejo de príncipes» religioso. Eugenio III salió de Roma inmediatamente después de su nombramiento y residió la mayor parte del tiempo en Francia. En el último año de su pontificado (1153) concertó en Constanza un tratado con el joven rey de Alemania Federico Barbarroja: Federico se comprometía a ayudar al papa contra sus enemigos romanos y normandos y, a cambio, recibiría la corona imperial. Una vez más se ofrecía al rey alemán la oportunidad de aparecer como el protector de la Iglesia, lo cual hubiera podido ser ventajoso para ambas partes. En lugar de ello estalló un largo conflicto entre el emperador y el papa, que acarreó los peores perjuicios al Imperio alemán y acabó con una total transformación de la política europea.

Barbarroja.

La dinastía de los Hohenstaufen ha recibido de la historiografía posterior una especie de halo poético que, juzgada desde el punto de vista alemán, está muy lejos de merecer. En lugar de entregarse a las grandes tareas culturales y a las posibilidades que el Este ofrecía al pueblo alemán, empeñaron todas sus fuerzas en hacerse dueños de Italia, un propósito que las circunstancias de entonces hacían de todo punto irrealizable. El conflicto entre Barbarroja y el más poderoso de sus vasallos, el duque güelfo Enrique el León, no fue otra cosa que un conflicto entre dos políticas alemanas: la oriental y la meridional. Venció Barbarroja. No puede negarse que Federico Barbarroja fue una figura cabalresca de pies a cabeza. Pero se advertía ya en él aquella veleidad y aquel desequilibrio de carácter, unido con un exagerado concepto de sí mismo, que más tarde se habían de repetir con tan funestos efectos en su nieto Federico II. Los papas no tenían el menor interés en debilitar al emperador y al Imperio; muy al

contrario, esperaban de ellos ayuda y protección. Mas, por otra parte, tampoco tenían intención de sometérseles, sin más ni más. Se añadía a esto que casi todos los papas con que tuvieron que tratar los Hohenstaufen, fueron hombres extraordinariamente capaces.

De acuerdo con el tratado de Constanza, en 1155 Barbarroja entró en Italia, puso fin a la república romana y recibió la corona imperial. Era papa Adriano IV (1154-1159), que es hasta hoy el único inglés que ha subido a la Silla de san Pedro. El caudillo de la república romana era, desde 1147, el clérigo Arnolfo de Brescia. Este fue ajusticiado como rebelde. El historiador Gregorovio hace empezar con él la serie de los mártires de la libertad que han muerto en la hoguera, pero cuyo espíritu resurge de las cenizas como el ave Fénix. La inexactitud de esta afirmación (aparte de que Arnolfo no fue quemado, sino ahorcado) reposa en un craso desconocimiento de la historia italiana. Arnolfo de Brescia fue más bien uno de tantos políticos italianos de campanario, que con medios insuficientes organizaban por todas partes revoluciones para restaurar la libertad, con lo cual impidieron durante siglos que Italia gozara de una vida política sana y viable.

Ya en el primer encuentro con el papa, Barbarroja dio muestras de su enfermiza susceptibilidad, al negarse a tener de la brida el caballo del pontífice. Para que se aviniera a razones, fue necesario que los de su séquito le hicieran ver que esto no era más que un detalle del ceremonial acostumbrado, y que no implicaba humillación alguna. Semejantes minucias han desempeñado a menudo un gran papel en la historia, pues ésta no es obra de principios abstractos, sino de hombres vivientes. Calcúlese cuál sería la reacción de Federico cuando en una carta del papa leyó que éste le había conferido la corona imperial y muchos otros «beneficios». El emperador entendió por *beneficium* el vasallaje feudal, y el papa tuvo que apresurarse a explicarle que con este término quería sólo recordarle los favores o buenos servicios que le había prestado. La susceptibilidad de Federico era atizada por su canciller Rainaldo de Dassel, que en 1159 fue nombrado arzobispo de Colonia.

Un conflicto con la ciudad de Milán volvió a traer a Italia al emperador en 1158. Milán fue destruida. En un Reichstag celebrado en los «campos roncálicos» junto a Plasencia, Federico exigió de los obispos italianos que le prestaran juramento de fidelidad, y emitió decretos de tipo cesaropapista. Adriano IV, que previamente había tomado la precaución de aliarse con el rey Guillermo I de Sicilia, consideró la conveniencia de excomulgar al emperador, pero en 1159 le sorprendió la muerte en Anagni.

Alejandro III (1159-1181).

Un nuevo cisma estalló después de la muerte del papa inglés. La mayoría de cardenales eligió al que hasta entonces había sido canciller del papa, Rolando Bandinelli, con el nombre de Alejandro III, hombre de gran valía pero odiado por los alemanes; una minoría se pronunció por Octaviano Colonna, que tomó el nombre de Víctor IV. Barbarroja, aconsejado por Rainaldo de Dassel, reconoció a Víctor IV. Pero en favor de Alejandro III se pronunciaron no sólo los reyes de Francia y de Inglaterra, sino también muchos obispos alemanes y, además, la orden cisterciense, lo cual era de mucho peso aun después de la muerte de san Bernardo († 1153). En Italia, donde por aquel tiempo las ciudades empezaban ya a constituir comunidades independientes de gran importancia política, surgió una liga de ciudades contra el emperador. Empezaron siendo sólo cuatro: Verona, Vicenza, Padua y Venecia, pero terminaron siendo veintidós, especialmente de Lombardía, donde no se había olvidado la destrucción de Milán; de ahí el nombre de «Liga lombarda» que se dio a la alianza. La liga construyó una fortaleza al sur del Po, que en honor del papa fue llamada Alejandría.

Después de la muerte de Víctor IV el emperador erigió otro antipapa, Pascual III, se dirigió a Roma y en 1167 se hizo coronar emperador por segunda vez. Fue también Pascual III el que canonizó a Carlomagno. El acto era inválido, pero los papas posteriores permitieron que se celebrara la fiesta en su honor, al menos en Aquisgrán. El ejército de Barbarroja, acampado ante Roma, fue diezmado por una peste, a la que sucumbió también Rainaldo de Dassel. El emperador tuvo que escapar precipitadamente hacia Alemania. No volvió a Italia hasta 1174, con un nuevo ejército, sitió en vano Alejandría y, finalmente, sufrió una decisiva derrota a manos de las tropas de la Liga lombarda en Legnano. Concertó un armisticio e hizo la paz con el Papa, con quien en 1177 se entrevistó en Venecia. El emperador abandonó al antipapa Calixto III sucesor de Pascual III, y renunció a los bienes y derechos eclesiásticos que había usurpado; el papa le levantó la excomunión y confirmó los nombramientos de obispos alemanes hechos por Federico. La paz con la Liga lombarda no se firmó hasta 1183 en Constanza.

Alejandro III, que hasta entonces había residido la mayor parte del tiempo en Francia, fue escoltado hasta Roma por las tropas imperiales. Allí reunió en 1179 un sínodo en Letrán, que es contado como el undécimo concilio ecuménico. Para evitar que se repitieran los incidentes ocurridos en su elección, dispuso que para la elección de un papa fuera necesaria una mayoría de dos tercios; esta disposición sigue aún hoy en vigor.

Los papas siguientes, Lucio III (1181-1185), Urbano III (1185-1187), Gregorio VIII (1187) estuvieron en una relativa paz con el emperador, pero no con los romanos. Urbano y Gregorio III siquiera se presentaron nunca en Roma. Sólo Clemente III (1187-1191) pudo volver a la ciudad. El anciano Barbarroja obedeció a su llamamiento de cruzada,

acaso con la intención de reparar yerros anteriores. Ya hemos aludido a su trágico fin en Asia Menor.

Los comienzos de la lucha por Sicilia.

Sucesor de Barbarroja fue su hijo Enrique VI, de veinticinco años; simultáneamente subía al trono pontificio un anciano de ochenta y cinco años, Celestino III, el cual en 1191 coronó emperador a Enrique. La esposa de éste era Constanca, hija del rey de Sicilia Rogerio II y de Alberia Pierleoni. Cuando en 1189 murió sin sucesión el sobrino de Constanca, el rey Guillermo II, Enrique VI hizo valer sus derechos a la sucesión. Pero los grandes sicilianos y napolitanos favorecían la candidatura de Tancredo de Lecce, hijo natural del duque Rogerio y hermano, por tanto, de Constanca. La cuestión de derecho podía parecer dudosa, y el arbitraje incumbía al papa, como soberano feudal de Sicilia.

Para el papa era una cuestión vital el que el norte y el sur de Italia no estuvieran en manos de una misma potencia. La Santa Sede, desarmada como estaba y, por tanto, en último término políticamente impotente, sólo podía mantener su independencia si en Italia se establecía un equilibrio de poderes. Por consiguiente, Celestino III se decidió por Tancredo en contra de Enrique. Como tantas veces ha ocurrido en la historia del papado, se decidió precisamente por el partido que estaba destinado a sucumbir. Tancredo murió en 1194, y Enrique VI se apoderó expeditivamente de todo el reino, sin preocuparse de la soberanía del papa. La sangrienta venganza que tomó de sus enemigos parecía preparar el terreno para una nueva excomunión, pero el pontífice, con sus noventa y dos años, se negó a hacer uso de este recurso extremo. Entonces murió Enrique VI en Mesina, el 28 de septiembre de 1197, y el papa le siguió pocos meses después.

INOCENCIO III

Adriano IV, Alejandro III e incluso el anciano Celestino III habían sido papas de una energía poco común, pero ahora ascendía al solio pontificio un hombre que, admirado ya por los contemporáneos, había de ser el asombro de la posteridad: Lotario, de la familia de los Conti de Segni, que adoptó el nombre de Inocencio III. Cuando fue elegido no contaba más que treinta y siete años de edad.

En el campo político, dos tareas principales aguardaban a Inocencio III. Una era poner finalmente orden en Roma y en los Estados de la Iglesia, la otra era la cuestión siciliana. Coexistían entonces en Roma dos autoridades cuyas respectivas competencias no siempre estaban claramente delimitadas: una era el prefecto urbano, originariamente un magistrado

nombrado por el emperador, pero cuya dignidad se había vinculado hereditariamente en la familia de los señores de Vico; la otra era el senador o senadores, de elección popular. Inocencio convirtió los dos cargos en magistraturas papales. Mas no por ello dejó Roma de constituir una comunidad independiente. Durante el pontificado de Inocencio III la ciudad de Roma estuvo en guerra con la ciudad de Viterbo, que era también del papa. Es un ejemplo de las anomalías que la soberanía medieval hacía posibles. Del resto de los Estados papales apenas quedaba más que el nombre. Inocencio volvió a someter hasta cierto punto a su soberanía los antiguos feudos de la marquesa Margarita de Toscana, el ducado de Spoleto y la marca de Ancona, la llamada Pentápolis; en todas estas regiones se habían establecido vasallos imperiales.

En el reino de Sicilia-Nápoles la situación había cambiado por completo con la prematura muerte de Enrique VI. Era heredero de la corona un niño de tres años, el futuro emperador Federico II. Por este lado el papa no tenía por qué temer peligro alguno. En su lecho de muerte el propio Enrique había suplicado al papa que conservara la corona a su hijo, y su viuda Constanza, fallecida también en 1198, nombró al papa tutor de Federico. Así Inocencio III regentó el reino en nombre de su pupilo, hasta que éste llegó a la mayor edad en 1208.

La disputa sobre el trono de Alemania.

En Alemania la muerte de Enrique VI había dado lugar a un conflicto sobre la elección de su sucesor. Una parte de los príncipes eligió rey al hermano de Enrique, Felipe de Suabia, mientras una minoría se pronunciaba por el hijo de Enrique el León y sobrino del rey Ricardo Corazón de León, el güelfo Otón. Ambos reyes pretendían la corona imperial. La decisión incumbía, pues, a Inocencio III, pero éste no demostraba tener prisa. Hasta 1202 no definió la situación jurídica en su famosa decretal *Venerabilem*, en los siguientes términos: Según el antiguo derecho alemán, compete a los príncipes la elección del rey; pero como la dignidad de rey de Alemania lleva consigo la expectativa a la corona imperial, y la corona imperial es conferida por el papa, compete al papa examinar la persona de aquel a quien quiera coronar emperador. No se puede exigir al papa que, en un caso dado, unja y corone a «un tirano, un loco o un hereje». Lo mismo ocurre cuando la elección es indecisa. También aquí tiene el papa el derecho de decidir entre los dos candidatos. En el caso presente se da además la circunstancia de que ambos partidos se le habían dirigido repetidas veces solicitándole que decidiera la cuestión.

Pues bien, Inocencio III tomó la decisión que más favorable parecía a los intereses de la Iglesia: no convenía que Roma quedara cercada, como había ocurrido en tiempos de Enrique VI. El Staufer Federico II era el

legítimo heredero del reino de Sicilia, e Inocencio no tenía la menor intención de menguar el patrimonio de su pupilo. En cambio, la corona imperial no debía volver a manos de un Staufer, sino que la recibiría el güelfo Otón, que no tenía ninguna pretensión sobre Sicilia y que a mayor abundamiento reconocía como legítimo el restablecimiento del poder papal en el Centro de Italia. Más tarde se ha acusado a Inocencio III de haber querido debilitar a Alemania para extender su propio poder. No hay tal cosa. El papa estaba a la defensiva, luchando por su independencia y, al propio tiempo, por la libertad de la Iglesia.

Hay que reconocer, por lo demás, que lo que se debatía era algo más que una transitoria cuestión de táctica política. Era también una lucha de ideas. Tal como lo concebían los Staufer, el Imperio no era ya lo que había sido bajo Carlomagno, los Otones y los Salios. Los Staufer ya no pensaban en actuar de defensores de la Iglesia. Su concepción del estado era ya más moderna, más profana. Lo que querían era un imperio territorial, en el que el papa asumiera el puesto del primer obispo imperial como en su tiempo había sido el patriarca de Constantinopla. En cambio, Inocencio III luchaba por la antigua y religiosa idea del Imperio.

El papa no contaba con medios para ayudar a los güelfos a conseguir una victoria armada. En el campo de batalla Felipe se demostró superior. Pero tanto él como sus partidarios comprendían que, si querían llegar a una paz con el papa, tenían que abandonar algunas de sus anteriores exigencias. El acuerdo se produjo en mayo de 1208. Estaban ya en camino los legados para anunciar la paz, cuando en junio de 1208 Felipe fue asesinado en Bamberg por el conde palatino Otón de Wittelsbach, por una cuestión de venganza personal. Los príncipes, cansados de la larga lucha, reconocieron como rey al güelfo. A su vez, Otón IV reconoció el restablecimiento de la autoridad papal en los Estados de la Iglesia y la soberanía del papa sobre Sicilia. En otoño de 1209 fue coronado emperador.

Pero ahora fue Otón el güelfo, quien adoptó el antiguo ideal de los Staufer. Sin consideración a sus anteriores promesas, se aprestó a la conquista de Sicilia. Inocencio II sintióse cruelmente decepcionado. Se apartó, pues, de Otón, le excomulgó y favoreció la elevación de Federico II, su antiguo pupilo, que entre tanto había alcanzado la mayor edad. Otón perdió todos sus partidarios y se retiró a su ducado, donde murió en 1218. Sin embargo, Federico había tenido que prometer al papa bajo juramento no unir las dos coronas de Alemania y Sicilia. Como heredero de Sicilia, que no era una monarquía electiva como la alemana, fue designado el hijo de Federico, Enrique, que entonces tenía sólo un año.

El papa, soberano feudal de Inglaterra.

Inocencio tuvo un fuerte choque con el rey Juan de Inglaterra, porque éste no quería admitir al arzobispo de Canterbury nombrado por el papa, Esteban Langton. Langton era profesor en París y es conocido en la ciencia bíblica por ser el introductor de la división en capítulos de la sagrada Escritura. Al no ceder el rey, el papa fulminó el entredicho contra Inglaterra. El entredicho medieval implicaba que los fieles quedaban excluidos de determinadas ceremonias sagradas. Se suspendían todas las celebraciones eclesiásticas y el servicio divino público, y sólo se administraban los sacramentos a los moribundos. El rey intentó hacer uso de la fuerza para obligar al clero a la obediencia. Entonces el papa le declaró excomulgado y depuesto, y encargó la ejecución de la sentencia al rey de Francia (1212), que era el soberano del rey inglés por las posesiones que éste tenía en territorio continental. Viéndose abandonado por los grandes de su reino, Juan se sometió al papa y, para no perder su corona, pasó por que el papa le devolviera, en feudo, sus tierras. De ahí su sobrenombre de Juan sin Tierra. En lo sucesivo el pontífice le protegió en sus conflictos con los barones. Cuando en 1215 éstos le forzaron a subscribir la *Magna Charta*, que sentó los cimientos de la futura constitución inglesa, Inocencio III dictó contra ellos penas eclesiásticas, e incluso contra Esteban Langton, que había hecho causa común con los barones.

Inocencio III había decidido la disputa sucesoria alemana y era soberano feudal de Sicilia e Inglaterra; en aquel tiempo Aragón, Portugal, Polonia, Hungría y Bulgaria estaban en una especie de relación feudal con la Santa Sede; el papa, pues, podía considerarse casi como emperador de Europa. Algunos historiadores profanos, sobre todo los alemanes en el siglo XIX, no encuentran términos para expresar su asombro ante tal estado de cosas. Todas las historias hablan de Inocencio III como la culminación del poder político del papado. Lo curioso es ver compartida esta opinión por historiadores eclesiásticos católicos, de los que podría esperarse un juicio más certero sobre el papado y la sociedad medieval.

En realidad Inocencio III no fue más «poderoso» que los papas que le precedieron o sucedieron: Gregorio VII, Urbano II, Alejandro III, Bonifacio VIII. Sus recursos económicos y militares, de los cuales depende todo «poder», eran modestos, como siempre. Fue sólo una extraordinaria conjunción de circunstancias lo que le puso en situación de ejercer, simultáneamente y en muchos lugares, funciones, no de soberano, pero sí de suprema autoridad moral. Pero ésta había sido siempre la situación de los papas medievales, aunque jamás se hubiera manifestado en tal acumulación de casos.

Algún quien podría preguntarse si semejante posición es de veras deseable para el papado y la Iglesia. Lo deseable y necesario es que el papa tenga la posibilidad de defender y representar los derechos de la Iglesia, y

llegado el caso, apelar a la conciencia de los gobernantes; sería también conveniente que pudiera allanar por medio de un arbitraje pacífico diferencias que de otro modo sólo se resolverían por procedimientos violentos. No hay que desconocer, sin embargo, que el papel de árbitro permanente atraería contra el papa una cantidad de odios que sólo podrían redundar en perjuicio de la Iglesia. Tampoco posee el papa los recursos materiales necesarios para imponer su autoridad, cuando no es ésta reconocida de buen grado. Y así ocurría también en tiempo de Inocencio III.

Los papas medievales, como también los posteriores, siempre se han esforzado en hacer valer su autoridad moral; ello se ha hecho en circunstancias cada vez distintas, y no siempre con la misma habilidad ni con el mismo resultado. Sería un error buscar el sentido de la historia en estos éxitos o fracasos que en gran parte dependen del azar, e imaginar en forma de pirámide la evolución del poderío papal, con un ascenso, una culminación y una decadencia. Es verdad que la historia gana así en dramatismo; mas lo que debe interesar no es el efecto artístico, sino la verdad.

Importancia de Inocencio III para la vida interna de la Iglesia.

Mucho más que en la política, donde ni pudo evitar la cruzada contra Constantinopla ni encauzar a su gusto los asuntos de Alemania, la importancia del pontificado de Inocencio III radica en el campo interno de la Iglesia. La organización de la curia papal hizo importantes progresos en el sentido de una mayor centralización, a lo cual contribuyó la labor del propio pontífice, que tenía una inagotable capacidad de trabajo. Durante su gobierno y con su expresa protección surgieron las grandes órdenes mendicantes, que cambiaron totalmente la faz no sólo de la vida monacal, sino de toda la cura de almas. En 1215 celebró Inocencio III en Letrán el duodécimo concilio ecuménico, la más brillante de todas las asambleas eclesiásticas de la Edad Media. Asistieron más de mil doscientos prelados y embajadores de casi todos los príncipes de la cristiandad. Pero el concilio es también memorable por sus resultados: ninguno de los celebrados, desde Nicea a Trento, ha dictado decretos de mayor trascendencia. Fueron condenadas las herejías de los albigenses y valdenses, y las confusionarias ideas del abad Joaquín de Fiore. Contra los albigenses se definió la doctrina del sacramento del altar, la transubstanciación. Se declaró obligatoria, como mandamiento de la Iglesia, la comunión pascual. La fundación de nuevas órdenes o nuevas formas de la vida en religión se hizo depender de la aprobación de la Santa Sede, disposición que había de ser del mayor alcance para el desarrollo de las órdenes religiosas.

LA APROXIMACIÓN A FRANCIA

La lucha con Federico II.

La obra interior de Inocencio III fue continuada por sus sucesores, Honorio III (Savelli, 1216-1227) y Gregorio IX (1227-1241). Gregorio IX, sobrino de Inocencio III, siendo cardenal Ugolino había estimulado y protegido con todas sus fuerzas a san Francisco y a la orden por él fundada. Su nombre como papa ha quedado inmortalizado por la primera codificación del derecho canónico en 1234. En política, ambos papas estuvieron en continuos rozamientos con Federico II (1212-1250).

La personalidad de este monarca ha sido objeto, desde un principio, de los más enconados juicios. Federico II era, como todos los Staufer, hombre de brillantes dotes; tenía la arrogancia de su abuelo Barbarroja, pero sin su espíritu caballeresco, era disoluto y pérfido, y en cuanto a religión hacía gala de una indiferencia totalmente inaudita en la Edad Media. Algunos ven en él a un precursor del Renacimiento e incluso de la Ilustración. Gobernó bien a Sicilia, pero el imperio alemán halló en él a su sepulturero. Como ocurre siempre en conflictos de tal duración, acaso no sea fácil aprobar todos y cada uno de los actos que contra el emperador realizaron los papas, pero la mayor culpa estuvo, sin comparación posible, del lado de Federico.

Federico II no tenía la menor intención de desvincular la corona siciliana de la alemana, como había jurado hacer cuando aún necesitaba el apoyo del papa. Cuán certeramente habían apreciado la situación Celestino III e Inocencio III, al intentar evitar esta unión en interés de la Iglesia, lo demostraron cumplidamente los hechos. La que más tuvo que sufrir fue Italia, desgarrada por las luchas de banderías de güelfos y gibelinos, o sea, de los partidos anti y pro Staufer.

El sucesor de Gregorio IX, Inocencio IV (Fiesco, 1243-1254), para huir de Federico se refugió en Lyon, donde residió desde 1244 hasta 1251. En el decimotercero concilio ecuménico de Lyon (1245) volvió a dictar el entredicho eclesiástico contra Federico. Al morir éste en 1250 en Fiorentino, Apulia, el arzobispo de Palermo lo absolvió, y su testamento demuestra que al final se arrepintió de su conducta y deseaba repararla. En Alemania ya nadie se preocupaba del emperador, que casi nunca se dejaba ver por allí, y se eligieron otros reyes, aunque apenas desempeñaron ningún papel.

El hijo de Federico, Conrado IV, al no poder imponerse en Alemania, a la muerte de su padre se dirigió apresuradamente a Italia, para salvar al menos la herencia de Sicilia. Pero falleció en 1254, en Lavello. La dignidad real alemana pervivió sólo como un mero título, y el tiempo

transcurrido hasta la elección de Rodolfo de Habsburgo, en 1273, es designado como un interregno. En Sicña reinaba el excomulgado Manfredo, hijo natural de Federico II.

A Inocencio IV siguió Alejandro IV (1254-1261), de la familia de los Conti de Segni, a la que había pertenecido ya Inocencio III y Gregorio IX. Cuando en 1261 murió en Viterbo, fue elegido allí mismo el francés Urbano IV (1261-1264), cuyo breve pontificado significó un momento crucial en la historia del papado y en la política europea. Dada la inseguridad que prevalecía en Roma, el papa no estuvo nunca allí, sino que residió en Viterbo, Orvieto y Perugia. Para poner remedio a la desesperada situación de Italia, llamó al hermano de Luis el santo de Francia, al no tan santo Carlos de Anjou, prometiéndole darle en feudo el reino de Nápoles y Sicilia. Urbano IV no vivió lo bastante para cumplir su promesa, pero el paso decisivo estaba dado: el definitivo apartamiento de los reyes alemanes, que de tutores del papa se habían convertido en sus enemigos, y la aproximación a Francia, la gran potencia que entonces surgía en Europa, mejor dicho, la única que había en el continente.

Francia.

La hegemonía desempeñada en aquel momento por Francia en el continente, se expresa ya en las cifras de su demografía. En el siglo XIII Italia tenía de cinco a seis millones de habitantes, de los cuales un millón escaso correspondían a Nápoles y Sicilia; Alemania vendría a tener unos ocho millones, Inglaterra, dos, España, en su mayor parte liberada ya de los moros, de cinco a seis; Francia, en cambio, contaba catorce millones de habitantes. El centro intelectual de la cristiandad era la universidad de París. El estilo gótico había nacido en Francia, difundiéndose a partir de ella. Antes de la aparición del mercantilismo, Francia constituía también el centro económico de Europa. A mayor abundamiento, en el siglo XIII Francia había gozado de un monarca ideal, Luis IX el Santo (1226-1270): es verdad que no en todas sus empresas políticas le sonrió la suerte, pero su personalidad prestaba a la corona y a la nación francesa una aureola religiosa, cuyo brillo quedaba aún realzado por comparación con el soberano que en aquel tiempo ostentaba el título de rey de Alemania, Federico II.

Urbano IV consumó el acercamiento a Francia con toda conciencia. Designó a un gran número de cardenales franceses, lo que tuvo por resultado que hubiera también muchos franceses entre los papas que le sucedieron. El primero de ellos, Clemente IV (1265-1268), Foulquois le Gros, que en sus tiempos de seglar había sido miembro del consejo de Luis IX, coronó a Carlos de Anjou como rey de Nápoles y Sicilia. Manfredo cayó en la batalla de Benevento, luchando contra Carlos (1266).

Los últimos papas del siglo XIII.

Con Urbano IV y Clemente IV empieza una serie de brevísimos pontificados, separados las más de las veces por largos períodos de sede vacante. La sede vacante subsiguiente a la muerte de Clemente IV duró treinta y tres meses. En los cincuenta y dos años que median entre la muerte de Urbano IV y la elección de Juan XXII, la Santa Sede estuvo sin ocupar un total de once años. Estos papas casi nunca residían en Roma, y como en aquel tiempo el conclave se celebraba siempre en el lugar donde había fallecido el papa, la mayoría de pontífices fueron también elegidos fuera de Roma, por lo común en Perugia o Viterbo. La Ciudad Eterna cayó en olvido o poco menos. Al principio del siglo XII todavía se había desplegado en ella una considerable actividad constructiva y artística; pero desde entonces, la urbe había decaído mucho. Los romanos prosiguieron en su ocupación favorita de sacudirse yugos de tiranos y nombrar cónsules y tribunos del pueblo. Descendida su población a unos pocos mulares de habitantes, la antigua capital había quedado superada con mucho, y en todos los aspectos, por la Nápoles de los Anjou.

Todos estos papas eran hombres del mayor mérito, y algunos son venerados como santos. El dominico Pedro de Tarantasia, que con el nombre de Inocencio V murió en 1276 tras cinco meses de pontificado, era un teólogo destacado. Gregorio X, en 1274, una vez desaparecido el Imperio latino, concertó una unión con los griegos, que por desgracia resultó efímera. Mas en todas estas elecciones papales se manifiesta a las claras el espíritu que prevalecía a fines del siglo XIII: era un tiempo de agotamiento político y de gran excitabilidad religiosa, la época de la polémica con los «espirituales» dentro de la orden franciscana, de las ideas de Joaquín de Fiore, de la apocalíptica espera de un *Papa Angelicus*. De ahí también que en los conclaves se perdiera tanto tiempo buscando los más singulares candidatos. Gregorio X, que por lo demás fue un pontífice excelente, fue elegido mientras residía en Tierra Santa en calidad de cruzado; no era cardenal, y ni siquiera sacerdote. El portugués Juan XXI (1276-1277), médico y filósofo, poco antes de su elección actuaba aún de médico de cámara de Gregorio X. También los soberanos, y sobre todo el rey de Nápoles, deseaban un papa angélico, es decir, un hombre anciano, que se desentendiera de la política, y con el que pudieran proceder a su antojo.

Esta religiosidad exacerbada festejó su mayor triunfo cuando, en el año 1294, tras veintisiete meses de sede vacante, el eremita Pedro fue arrancado de su celda en los Abruzzos e instalado en el solio pontificio con el nombre de Celestino V.

Nápoles bajo los Anjou.

Aun después de la derrota y muerte de Manfredo alentaba en Nápoles un partido favorable a los Staufer. Las promesas de este partido indujeron al último heredero de los Hohenstaufen, Conradino, hijo de Conrado IV, que contaba sólo quince años y había sido educado en Alemania, a emprender una arriesgada campaña en Italia. Carlos de Anjou venció, aunque no sin trabajos, al adolescente en la batalla de Tagliacozzo. Conradino huyó, pero, hecho prisionero, fue llevado a Nápoles y ejecutado. Dada la íntima relación que en aquel tiempo había entre el rey de Nápoles y los papas, este crimen no contribuyó precisamente a incrementar el prestigio del papado; y menos aún el hecho de que Carlos indujera al papa Martín IV (1281-1285) a volver a excomulgar al emperador bizantino Miguel VIII, el que en 1274 había concertado en Lyon la unión con Gregorio X. En el año 1282 ocurrió el sangriento levantamiento conocido con el nombre de «Vísperas sicilianas» contra Carlos de Anjou. El rey Pedro III de Aragón, yerno de Manfredo, reivindicó la herencia de los Hohenstaufen y se apoderó de la isla, que en lo sucesivo quedó separada del reino de Nápoles. Martín IV, juguete del rey de Nápoles, hizo predicar una cruzada contra Sicilia.

La dependencia de los papas con respecto a Nápoles se mantuvo durante el reinado del monarca siguiente, Carlos II (1285-1309). Este rey fue el que en 1294 decidió la elección del anacoreta Pedro, al cual indujo a establecer su corte en Nápoles. Pero Celestino V era un santo de veras, que se daba cuenta de su incapacidad como papa, y a los seis meses de pontificado, abdicó. En la misma fortaleza napolitana de los Anjou, que aún hoy día subsiste, fue elegido en su lugar el cardenal Benito Gaetani, que adoptó el nombre de Bonifacio VIII. La escena política volvía a estar dominada por un papa enérgico, el cual, empero, fue también uno de los más desdichados que ha conocido la Iglesia.

BONIFACIO VIII (1294-1303)

Para escapar a la humillante sumisión al rey de Nápoles, Bonifacio VIII, contra la voluntad de aquél, trasladó en seguida su corte a Roma. Y con el fin de que nadie pudiera utilizar la persona del cándido Celestino V para provocar un cisma, mantuvo a su predecesor en una especie de honorable prisión en un castillo de Anagni, hasta que murió en 1296. No tuvo en cuenta que, con esta conducta, se atraía desde un principio el aborrecimiento de los numerosos devotos del «papa angélico». Pero este fue un rasgo constante en Bonifacio VIII: excelente jurista como era, tenía

una fe ciega en el derecho abstracto, en su derecho, y sentía una despreocupación casi infantil ante las posibles consecuencias de sus actos.

Comienzos del conflicto con Francia.

En el año 1285 se había extinguido la antigua dinastía que reinaba en Escocia. Las consecuencias fueron no sólo turbulencias intestinas, sino también una inacabable querrela entre los reyes de Inglaterra y Francia, cada uno de los cuales hacía valer sus derechos a la herencia. El conflicto dio lugar a una serie de guerras, que duraron casi dos siglos y que sólo sirvieron para debilitar a Francia e Inglaterra y preparar así la disgregación de la gran familia que los pueblos cristianos constituían en la Edad Media. Bonifacio VIII reconoció desde un principio cuán funesta iba a ser esta disputa. Para él significaba, además, renunciar a toda esperanza de poder suscitar jamás una nueva cruzada. Sin embargo, fueron vanos todos sus esfuerzos diplomáticos, que se estrellaron no tanto en la resistencia del rey inglés Eduardo I (1272-1307), como en la de Felipe el Hermoso de Francia (1285-1314). Este nieto de san Luis era un gobernante capaz y sin escrúpulos, cuyo realismo político lo situaba muy por encima del papa. La manera como Bonifacio VIII procedió contra él tiene a veces algo de pueril ingenuidad. Cuando vio que no se atendía a sus exhortaciones de paz, determinó Bonifacio echar mano de sanciones al estilo de Inocencio III. Por la bula *Clericis laicos* prohibió a los preladados franceses que pagaran tributos al rey. Imaginaba de este modo poner de su parte a los preladados, que siempre se estaban quejando de lo gravoso de los impuestos, al tiempo que dejaba al rey sin recursos para sus empresas bélicas contra Inglaterra. Felipe contestó prohibiendo toda exportación de dinero desde Francia a Italia, con lo que, dada la situación del tiempo, la hacienda apostólica quedó en gran parte paralizada. Bonifacio VIII tuvo que dar marcha atrás, y en señal de reconciliación canonizó a Luis IX, el abuelo de Felipe.

El jubileo.

Bonifacio VIII ordenó un jubileo para el año 1300. El término procedía del Antiguo Testamento: así como en el año jubilar, según las prescripciones del Levítico, quedaban en suspenso todas las deudas y demás obligaciones, también los fieles tendrían ahora oportunidad de obtener una remisión particularmente extensa y solemne de sus culpas y, en cuanto ello dependiera de la Iglesia, de las penas a ellas correspondientes. La idea de una penitencia general y extendida a la vida entera, que ya en los siglos V y VI había inspirado la aparición del voto penitencial, había permanecido siempre viva. El voto de los cruzados era también concebido en esta forma. Pero había aún otra circunstancia que hacía particularmente

oportuna la instauración del jubileo, y ésta era la extremada complicación que el derecho penitencial había ido adquiriendo durante la Edad Media, con todas sus censuras y casos reservados; semejante simplificación, aunque sólo fuera excepcional, de los procedimientos absolutorios no podía menos que ser acogida como un gran beneficio. La idea obtuvo, pues, un gran eco en toda la cristiandad. De todas partes acudían los peregrinos a Roma, para visitar los sepulcros de los apóstoles y lucrar el jubileo. Por un momento, la ciudad de Roma volvió a ser el centro de la cristiandad.

El jubileo constituyó un hermoso éxito, desde el punto de vista pastoral. Pero inmediatamente después volvieron a estallar las hostilidades con Felipe. El rey hizo encarcelar a un legado papal, y el papa, en la bula *Ausculda fili*, lo emplazó ante su tribunal en Roma. Felipe publicó la bula, pero con un texto completamente distinto y mucho más violento, seguida de su propia contestación que aunque no fuera mandada a Roma, le sirvió sin embargo a las mil maravillas para la obtención de sus fines: el país entero se colocó al lado de su rey, a quien el papa, a lo que parecía, había ofendido gravemente.

La bula «Unam Sanctam».

Entonces Bonifacio VIII publicó la bula *Unam Sanctam*, en la que explicaba la antigua imagen de las dos espadas, la espiritual y la temporal. La espada espiritual debe estar en manos de la Iglesia, y la temporal debe manejarse en servicio de la Iglesia. La bula culmina en la frase: «Declaramos y definimos que a todo hombre es necesario para la salvación estar sometido (*subesse*) al papa». Huelga decir que esta sentencia, rectamente entendida, no hace sino formular la tradicional doctrina, desde siempre y aún hoy firmemente mantenida por la Iglesia, de que el papa es el representante de Cristo y, por consiguiente, todos los cristianos le deben subordinación, aunque sean príncipes. Pero en aquel momento, y formulada en términos tan tajantes, podía hacer pensar que el papa reclamaba una directa potestad de gobierno sobre la nación francesa.

Felipe sacó partido de la imprudencia del papa para presentarse como la parte injustamente atacada. Propuso que el papa fuera depuesto, y apeló a un concilio ecuménico y al pontífice siguiente. Para preparar mejor los espíritus, en el parlamento de París formuló las más descabelladas acusaciones contra Bonifacio: era un simoníaco y un hereje; negaba que los franceses tuvieran un alma inmortal, pues se le había oído decir que antes que francés hubiera preferido ser perro; era culpable de la muerte de Celestino V; se ocupaba de hechicería y tenía a su lado un demonio familiar. Naturalmente que no todo el mundo daba fe a tales monstruosidades, ni siquiera en Francia; pero Bonifacio había conseguido

crearse enemigos en todas partes, y esto era lo que hacía particularmente peligrosa semejante campaña de calumnias.

En el año 1296 Bonifacio había excomulgado al rey Federico III, hijo y sucesor de Pedro III de Aragón y Sicilia, atrayéndose así el odio de los gibelinos italianos, que consideraban a los aragoneses como herederos de los Staufer. Con los «espirituales» franciscanos, la ruptura había sido, desde un principio, total. Pertenecía a este partido la poderosa familia de los Colonna, que entonces tenía dos cardenales, Jacobo y Pedro. El cardenal Jacobo Colonna era un hombre piadoso de inclinaciones místicas; una de sus hermanas había sido la beata Margarita Colonna, fallecida en 1280 como religiosa clarisa. En 1297, en un audaz golpe de mano, Esteban Colonna se apoderó de la caja papal. Bonifacio emplazó ante su tribunal a la familia entera, incluso a los dos cardenales, e hizo predicar una cruzada contra los Colonna: a tal extremo de degradación había descendido el ideal de las cruzadas. Palestrina, la principal fortaleza de los Colonna, fue conquistada y destruida, y se confiscaron los bienes que la familia poseía en el Lacio. Otra enorme imprudencia de Bonifacio VIII consistió en distribuir estos bienes entre sus propios sobrinos, los Gaetani. Los Colonna huyeron a Francia e hicieron causa común con Felipe el Hermoso.

Anagni.

Felipe se decidió a dar un golpe de estado, y para prepararlo envió a Italia a su canciller Guillermo de Nogaret. El papa residía en Anagni, que era donde habitualmente tenía su corte. Completamente ajeno a lo que le aguardaba, estaba redactando una nueva bula en la que había de declararse la excomunión y deposición de Felipe. No le dieron tiempo a terminarla: el 7 de septiembre de 1303, Nogaret, junto con Sciarra Colonna y seiscientos armados, cayó sobre la indefensa ciudad. El septuagenario papa aguardó a sus agresores revestido de todo el atuendo pontificio y con la cruz en la mano, dando como única contestación a sus insultos: «Tomad mi cuello, tomad mi cabeza». De todos modos, el golpe había sido pésimamente preparado. Nogaret no sabía qué hacer con el papa y por otra parte, disponía de muy poca gente. El 9 de septiembre se levantaron los ciudadanos de Anagni y expulsaron a Nogaret y Sciarra Colonna. El papa, liberado, fue conducido a Roma con todos los honores por una tropa de cuatrocientos caballeros romanos; pero a los pocos días, el 11 de octubre, falleció en la ciudad, de resultas de las emociones sufridas.

El golpe de mano de Anagni fue, sin duda alguna, un sacrilegio y un crimen. Pero no es el único, ni el mayor, de los que la Iglesia ha tenido que sufrir antes y después. Sin embargo, el atentado de Anagni pertenece al número de aquellos sucesos que, rebasando ampliamente la ocasión que les dio pie, han pasado a la historia con categoría de símbolos. Es como el

Edicto de Milán: antes de Constantino había habido ya edictos favorables a los cristianos, como después de Constantino hubo aún persecuciones; a pesar de todo, el edicto de 313 cierra un período y abre otro.

Sería, sin embargo, erróneo interpretar el símbolo de Anagni como expresión del fin del poderío medieval de los papas, del ocaso de su supremacía política sobre la cristiandad. Así lo hacen muchos historiadores, sin querer reconocer que semejante poderío no lo tuvieron jamás los papas en la Edad Media. En cualquier momento del medioevo, incluso en tiempo de Inocencio III, hubiera sido posible sorprender al papa con una tropa de seiscientos hombres decididos y hacerlo prisionero. Lo que en Anagni recibió un golpe de muerte, no fue el poder político de los papas, y no digamos el militar, que siempre había sido poco menos que nulo, sino su prestigio moral. Que pudiera cometerse tamaño desafuero, y aun más, el hecho de que quedara impune, demuestra que la actitud de los gobernantes frente a la religión estaba empezando a sufrir un cambio radical. En lugar de concebirla como una tarea común, en la que ellos debían colaborar como todos los demás creyentes, la tomaban como un simple factor que intervenía, como uno de tantos, en sus cálculos políticos. En este sentido puede decirse que el episodio de Anagni señala, en la historia eclesiástica, el fin de la Edad Media. Podría preguntarse quién tuvo la culpa, no de Anagni, pues allí los únicos culpables fueron Felipe y Nogaret, sino de la derrota moral del papado. Sin duda alguna, no es posible exonerar del todo a Bonifacio VIII. Con todo su riguroso sentido jurídico, no supo nunca conferir a sus actos aquella fuerza de persuasión que deben tener las acciones de un papa. Gregorio VII había aparecido ante los ojos de la cristiandad como el defensor de los derechos de la Iglesia, y lo mismo puede decirse de los papas que habían luchado contra los Hohenstaufen. Pero Bonifacio VIII acababa apareciendo siempre como el agresor. No hubiera podido decir, como san Gregorio VII: «He amado la justicia, por esto muero en el exilio»; ni tampoco, como más tarde Pío IX: *Non possumus*.